

los filósofos, de los abogados, de los legisladores, imploraba ahora el despotismo y no lo creía posible sin la espada de un soldado. Al salir de la opresión sanguinaria ó rapaz de tiranos abyectos y hasta viles, le parecía merecedora de algún aprecio la tiranía de la gloria y del genio. Habiendo cesado de creer en las ideas creía en un hombre, y ponía todas sus esperanzas y su admiración en Bonaparte. Este ceñido de laureles había resucitado otra vez aquel entusiasmo de cuya bandera se habían desertado todos; con su conducta en Italia había puesto de manifiesto que el noble temple de su alma, le ponía en aptitud tanto de seguir los ejemplos antiguos, como á conformarse con los que requieren las épocas de transacciones en los pueblos civilizados; y por lo tanto pareció á todos que era el único hombre capaz de restablecer á Francia en su puesto, entre la grande comunión de las naciones sin sacrificar la libertad ni el orgullo nacional.

De esta manera Napoleón encadenó de nuevo á la obediencia al siglo mas indisciplinado, obligando á la humana razón á confesar su insuficiencia y valiéndose para la obra de reconstrucción de los hombres, que en la demolición, se habían mostrado mas activos.

A una república enemiga declarada de la historia sucedió un imperio toda imitación.

os presenten las cuentas que mis ministros me han dado acerca de la administración de sus respectivos departamentos. Estoy satisfecho del estado próspero de nuestra hacienda. Por grandes que hayan sido los gastos, han bastado los ingresos para cubrirlos. Per muchos que hayan sido los preparativos necesarios para la guerra en que estamos empeñados, no pediré á mi pueblo ningún nuevo sacrificio.

En una época tan solemne, hubiérame sido muy grato ver reinar la paz en todo el mundo; pero los principios políticos de nuestros enemigos, su conducta reciente para con España, hacen ver las dificultades de que se cumplan mis deseos. No quiero aumentar el territorio de Francia, sino mantener su integridad. No tengo la ambición de ejercer en Europa mayor influencia; pero no quiero perder nada de lo que he adquirido. No se incorporará ningún Estado al imperio; pero no sacrificaré mis derechos ni los lazos que me unen á los Estados que he fundado.

Mi pueblo al darme la corona ha prometido hacer todos los esfuerzos que exijan las circunstancias para conservarle el esplendor necesario á su prosperidad y á su gloria como á la mía. Tengo la mayor confianza en la energía de la nación y en su adhesión á mi persona. Sus mas caros intereses son el objeto constante de mi solitud.

Señores diputados de los departamentos al cuerpo legislativo, señores tribunos y miembros de mi consejo de Estado, vuestra conducta durante la legislatura anterior, el celo que os anima en favor de la patria y en favor de mi persona, son seguros garantes de que me dareis el auxilio que os pido durante la legislatura actual.

El águila y el rayo eran su símbolo; en palacio había dignidades militares y civiles, como en la corte de Carlo-Magno, un gran limosnero, como cuando los Capetos arrojaban puñados de oro á la plebe; la ley sálica regulaba la sucesión á la corona y según ella, muriendo Napoleón sin hijos debían sucederle sus hermanos José, y luego Luis, no Luciano ni Gerónimo porque se habían casado con plebeyas. La confederación del Rin recuerda la liga misma ideada por Richelieu; se renovó el pacto de familia de Luis XIV; la legión de honor tornó á resucitar los órdenes de caballería y sus distintivos fueron mandados con solemne prodigalidad á reyes y príncipes, que en cambio remitieron sus respectivas condecoraciones; y familias históricas pidieron pensiones y títulos al hombre del pueblo. En aquella transición de la república al imperio, los descamisados de la víspera se hallaron hechos altezas, monseñores, condestables, grandes electores, archicancilleres, mariscales; viéronse coronas ducales sobrepuestas á los nombres de los regicidas; los convencionales llevaban llaves de gentiles hombres: era el pueblo que se adornaba con las insignias arrancadas á la aristocracia.

El poder nuevo había menester rodearse de todas las formas que lo hiciesen respetar. El ordinario absurdo de los registros abiertos en todos los pueblos donde se tenían por votos afirmativos los de aquellos que no se inscribiesen, fué recibido como una sanción popular; pero queriéndose además la de la religión.

Pío VII, satisfecho de que se inclinase ante la cruz el jefe de la nación que la había quemado, y contentísimo con la ocasión que se le proporcionaba de ejercer así la antigua dictadura, reconocida por el genio mas vigoroso, se puso en camino á los sesenta y dos años de edad, no como su predecesor para verse ultrajado por carcomidas dinastías, sino para consagrar una nueva.

Recibido con pompa y festejos no exentos de orgullo, no dejó de advertir que Napoleón, saliéndole al encuentro, se presentó por primera vez en carroza, él, hombre nuevo ante el pontífice de todos los siglos. Todas las clases y corporaciones acudieron á rendir sus homenajes al sumo pontífice así como antes habían renegado del Papa y de Cristo. Pío, que con su mansedumbre se granjeaba el general afecto, habiendo visto un día al dar su bendición al pueblo arrodillado, á un joven puesto de pié y con el sombrero en la cabeza, le dijo: "jovencito, si no creéis en la eficacia de la bendición del pontífice, creed á lo menos que la de un viejo no perjudica."

Un artista después de haber quitado de sus almacenes todas las muñecas volvió á presentarlas al público al cabo de dos días con los trajes que debían llevar las distintas corporaciones y los funcionarios en la ceremonia de la coronación, que se celebró pomposamente y magníficamente; pero habría tomado

formas muy ridículas, si aquellos grandes dignatarios no hubiesen echado en olvido lo que poco antes acababa de pasar. Habiendo querido Napoleón imitar á Carlos XII (2 de Diciembre de 1804), tomó la corona de las manos de Pío VI y se la colocó por sí mismo, coronando después á Josefina, que había recibido el día antes la bendición nupcial. Entre tanto, los periódicos ingleses exarcebaban el ánimo de Napoleón, celebrando en tono satírico aquella mascarada y comparándola con la que acababa de celebrar en Haití el negro Dessalines, que precisamente entonces se había hecho coronar emperador.

Los Borbones protestaron contra aquel acto, y reunidos en Colmar, fijaron las bases del sistema representativo que trataban de dar á Francia cuando se desplomara el poder napoleónico. Así, pues, la vieja dinastía se ocupaba en fundar la libertad mientras la nueva hacía todos sus esfuerzos para destruirla. Pero el partido borbónico, en lo interior iba menguando de día en día; la Vendée y la Bretaña se hallaba ó postradas, ó divididas, ó ganadas á fuerza de beneficios, y la policía, que estaba muy vigilante y siempre al corriente de las tramas de unos cuantos aristócratas, tenía en su mano un poderoso instrumento para valerse de él cuando se presentase la oportunidad de dar algún gran ejemplo. Por otra parte, el juramento que el nuevo emperador prestó, consagraba las conquistas imperecederas de la revolución, á saber, la igualdad civil, el concurso de la nación para hacer las leyes, la admisión de todos los ciudadanos á los empleos y dignidades. Así que, podía esperarse mucho, si Napoleón no se dejaba embriagar por el fausto y el mando.

Carlo-Magno, había sido también rey de Italia, y por lo tanto, Bonaparte, no debía quedarse privado de este título, que le convenía aun mas, porque aquella península había sido el teatro de sus primeras hazañas. Habiendo conquistado Francia este país por segunda vez, se trataba ahora de organizarlo; ¿y quién podía dudar que Napoleón, organizador poderoso, y á cuya voluntad nadie podía resistir no quisiese formar una gran nación de un país unido por la naturaleza y solo desmembrado por los convenios?

Pero el Piamonte se juzgaba ya unido á Francia; la Toscana había sido erigida en reino de Etruria para un infante de España; era preciso conceder al Papa, con quien se había efectuado una reconciliación, su dominio temporal; la voluntad de Rusia escudaba al reino de Nápoles y en favor de Austria se había ratificado ya la posesión de Venecia. Veían, pues, los italianos frustrada otra vez su esperanza de que la espada vencedora y la férrea voluntad de uno de los suyos [1] reconstruyese la patria, dándole unidad y li-

[1] Alude nuestro autor á Napoleón que era italiano.

bertad. No quedaba disponible sino el país que rodea á Milan, país hermoso y fuerte con cinco millones de habitantes, de setenta á ochenta millones de francos de renta y cuarenta mil hombres de ejército. Talleyrand habría querido que de este país en lugar de una república, se formase un reino para darlos á cualquier príncipe austriaco como compensación y prenda de paz; pero Bonaparte que conservaba afecto á aquella su primogénita y que sabía que los italianos no querían pertenecer á franceses ni á tudescos, determinó que se conservase la república defendiéndola de los austriacos con buenas fortificaciones y puestos avanzados al otro lado del Adige, las cuales asegurarían siempre la entrada á Francia: de las que conservaba el protectorado, y desde allí se prometía dirigir sus órdenes al país meridional, hasta que se presentasen circunstancias que la pusieran á la cabeza de una federación italiana.

Después para dar una constitución á este territorio, convocó en Lyon (Enero de 1802), un consejo de cuatrocientos cincuenta y dos representantes cisalpinos, al cual se propuso asistir en persona aumentando la majestad de la ceremonia con la presencia de los veintidos mil guerreros que habían vuelto de Egipto trasladados en la escuadra inglesa.

Eran las bases de esta constitución, tres colegios electorales permanentes y vitalicios que se completaban por sí mismos, compuestos, el primero de trescientos grandes propietarios, el segundo de doscientos grandes capitalistas, y el tercero de otros tantos individuos entre literatos, doctores y eclesiásticos. Estos debían escoger de su propio seno, una comisión de censura de veintinueve individuos encargada de verificar los nombramientos para todos los cuerpos del Estado, y ocho consultores encargados de velar por el mantenimiento de la constitución, de deliberar sobre los tratados y elegir un presidente de la república. Un consejo legislativo de diez individuos, debía redactar las leyes y reglamentos y sostenerlos ante el cuerpo legislativo compuesto de setenta y cinco miembros, quince de los cuales, designados como oradores, tenían el encargo de discutir las leyes antes de votarlas.

Tal era la constitución que los italianos no hicieron mas que recibir; y dejando bajamente que se pusiera en su boca la confesión de su impotencia, declararon todos á una voz, que no conocían italiano mas digno de ser su presidente que Napoleón Bonaparte [1]. Este decía (16 de Enero de 1802, "Italianos, la república Cisalpina hija del tratado de Campoformio, ha corrido muchas vicisitudes habiendo sido vanos los esfuerzos hechos para constituir la. Invadida no hace mucho, parecía perdida, cuando por segunda vez el pueblo francés vino á vengar y restituir la independencia. Des-

[1] Estos dos nombres se hallaron entonces reunidos por la primera vez.

de entonces ¿qué no se ha intentado para desmembraros? Pero la Francia os protegía, y nuevamente fuisteis reconocidos en Luneville, aumentándose con una quinta parte mas vuestro territorio y subsistiendo con mas fuerza y mas esperanzas vuestras instituciones. Dandoos magistrados no he tenido en cuenta ni el lugar del nacimiento ni el partido á que pudieran pertenecer; he considerado solamente vuestros intereses. Para las eminentes funciones de presidente no he encontrado, sin embargo, entre vosotros, persona de bastante reputacion, libre de preocupaciones y benemérita por sus servicios; admito, pues, el voto que habeis expresado, y conservaré en cuanto sea necesario el gran pensamiento de dirigir por buen camino vuestros asuntos."

La república, compuesta, como decia Napoleon, de diez naciones diferentes (1) tomó el nombre de italiana, y entonces comenzó para aquel país uno de los tiempos mas florecientes y tranquilos que habia disfrutado; tenia lejos al presidente; pero era bueno y amado Melzi, que hacia sus veces; se habian destruido todos los privilegios aristocráticos; eran favorecidos los conocimientos, fáciles los pagos; activo el comercio; aumentábase cada dia el ejército y enardecíanse cada vez mas las esperanzas.

Pero desde entonces, los hombres previosos comenzaron á decir que la república italiana era un reino preparado, y en efecto, cuando Napoleon se hizo emperador, el vice-presidente y los demas le rogaron que les diese un rey, tomado de Francia, con empleados y ejército enteramente italianos. El designado era José Bonaparte; pero habiéndose negado éste á admitir el título que se le ofrecia, Napoleon creyó poder disponer á su modo de un Estado, que él mismo habia fundado, y poner tambien sobre su cabeza la corona de hierro. La creacion de este reino hacia presentir la ruina de aquellas otras repúblicas delineadas al fuego del cañon, de aquellas constituciones no fundadas ni en la costumbre ni en la historia, y todos preveían que Napoleon, enemigo de los estados débiles, constituiria la Italia en un gran cuerpo de nacion. Entre tanto, aunque dió seguridades á los príncipes, prometiéndoles, que no se trataba sino de un cambio de título, y que por lo demas, no procuraria estender su territorio, manifestó que para impedir los desembarcos de los ingleses, le eran necesarias Génova, Luca y Liorna. "Génova, decia, está destinada á formar marineros, debe tener seis mil hombres á bordo de los escuadras, y yo necesito marineros viejos." Tal fué la gran razon que dió para apoderarse de ella, no obstante haber prometido al senado de Francia que no agregaria ninguna

[1] Milanés, mantuanos; bolonés, novareses, valtelines, vemanenses y venecianos, subdivididos en bergamenses, cremenses y brescianos.

otra provincia al imperio. Los patricios, instigados por Saliceti (Junio de 1805), le ofrecieron la posesion de su país, y él mitigó la pérdida de la libertad con mandarles en calidad de ordenador al archi-tesorero Lebrun, hombre moderado y prudente [1].

Napoleon habia prometido á Pablo de Rusia que restituiria el Piamonte á sus reyes; pero habiendo fallecido aquel emperador, no se cuidó de hacerlo, conservó el país como division militar bajo la administracion de Jourdan, fomentando en él entre tanto las intrigas y las rivalidades, y favoreciendo á la aristocracia piamontesa. Por último, despues de haber devuelto al reino de Italia los países que antiguamente habian pertenecido á la Lombardia, agregó los restantes al imperio francés, sacando así á la Francia de sus límites naturales, y estableciendo otro dominio extranjero en aquella Italia, á la cual, habia prometido redimir de la estraña servidumbre.

El duque de Parma y Plasencia no habiendo querido aceptar el cambio que se le propuso con Etruria, quedó dueño del ducado hasta su muerte (Octubre de 1802), y entonces la Francia, lo hizo administrar sin destino fijo, y solamente ya como un cebo para el Papa, que pedia una compensacion por las legaciones de que habia sido despojado, ya para la casa de Cerdeña, ya para la Etruria, que incorporándose con aquel ducado habia llegado á ser la segunda potencia de Italia. Despues, habiendo hecho desaparecer el rompimiento con Rusia toda clase de consideraciones [21 de Julio de 1805], fué agregado el ducado de que tratamos á la vigésima octava division militar de Francia. La isla de Elba habia ya pasado á manos de los franceses. Habiendo muerto en 1804, Luis, rey de Etruria, correspondia este reino á Carlos Luis, infante de España, bajo la regeñcia de la viuda María Luisa, que fué en efecto, jurada como tal; pero Murat mandó ocupar á Liorna, Piombino y el litoral toscano, mientras llegaba la época de atravesar á mas.

TERCERA COALICION.—PAZ DE PRESBURGO.

"Cededme la libertad, y os daré orden y gloria:" tal era el programa de Napoleon, el cual por tanto sentia la necesidad de ilustrar su nuevo título con nuevas victorias y dispar al mismo tiempo el descontento; cuanto mas que con declararse sucesor de Carlo-Magno, manifestaba que no habia para él puesto alguno, en el sistema político vigente de Europa y que aspiraba al predominio universal. En efecto, violando todas las leyes del derecho público, no solo holló el territorio neutral de Baden para arrastrar á un príncipe á la muerte, sino que anunció tambien que no respetaria á los ajentes di-

[1] El 11 de Agosto de 1805 le escribió desde Boulogne:

plomáticos de sus enemigos, no solo en el imperio, sino aun en los países neutrales. Así hizo prender en Hannover al ministro de Inglaterra, y los residentes en Munich y Sitgard no se salvaron sino con la fuga. Con el duque de Enghien, habia creído sorprender á Gustavo Adolfo de Suecia, rey caballeresco, que protestó contra aquel asesinato, como tambien lo hizo Alejandro de Rusia que aspiraba á mostrarse protector del cuerpo germánico, cuando Austria y Prusia estaban en connivencia para perderlo.

En realidad Austria, aunque su título imperial la constituia en tutora de los derechos germánicos, se mostraba indiferente á tantos ultrajes y á todo lo que no redundase en su beneficio. Dando á Francia seguridades de paz, armaba trescientos mil hombres, solamente por imitar á Napoleon; y conociendo que habia perdido todo su influjo en Alemania, y que podiaser muy bien elegido un emperador de fuera de su casa, estipuló para reconocer á Napoleon, la condicion de que podria erigir sus países en imperio hereditario, por lo que Francisco II tomó el título de emperador electo de Alemania [11 de Agosto de 1804], y emperador hereditario de Austria. Los demas príncipes de aquel país saludaron temblando á Napoleon mientras volvían los ojos con esperanza hácia Inglaterra que se declaraba enemiga de Francia y se preparaba á prescindir de contemplaciones. Pitt llamado nuevamente al ministerio como el hombre de la guerra, pidió de improviso á la cámara de los comunes, cinco millones de libras esterlinas, para sostener la política de la seguridad, esto es, la política que consistia en garantizar la tranquilidad de todas y cada una de las potencias de Europa: declarándose enemigo de las neutrales, Holanda y España, hizo que se resolvieran los países vacilantes, se coligó con la Rusia para obtener la independencia de Europa. La Rusia prometió dar quinientos mil hombres y la Inglaterra un millon doscientas mil libras esterlinas, mes por mes por cada cien mil guerreros que la Rusia enviase. Con estos preparativos pidieron á Francia la evacuacion del Hannover, del Norte de Alemania, de la Italia y de la isla de Elba, la independencia de Holanda y de Suiza, la restauracion del rey de Cerdeña, con aumentos en su territorio, la independencia del reino de Nápoles, y el arreglo de Europa, y de tal manera que afianzando la nacionalidad y la independencia de cada Estado, quedasen todos libres del peligro de nuevas invasiones. De la restauracion de los Borbones, no hablaron ni una palabra; lejos de eso, prometieron no mezclarse en la cuestion del gobierno interior de Francia ni hacer conquistas para sí.

Austria se dejó seducir tambien por la promesa de amplias compensaciones, y persistiendo en su profundo disimulo, puso en campaña trescientos veinte mil guerreros, recibiendo tres millones de libras esterlinas

por el año de 1805, y cuatro por el siguiente. Los coligados, con facilidad se llevaron en pos de sí á las potencias secundarias. Para determinar á España á entrar en la coalicion, se procuró hacer el mayor mal posible á sus escasos buques, y á sus muchas posesiones, y al fin se tuvo aviso de que al primer desastre de Napoleon se declararia en contra suya, llamándole la atencion por aquel lado, lo que era importantísimo. Portugal estaba de parte de Inglaterra; Carolina de Nápoles se coligó con ella en secreto y Suecia al descubierto; hasta la Turquía se adhirió á los aliados, Dinamarca se mantuvo neutral no queriendo unirse con Inglaterra despues de los insultos que habia sufrido de ella. Lo mismo hizo Sajonia. La Baviera se declaró por Napoleon. El rey de Prusia, aun cuando al principio indignado contra el asesinato de Enghien, no vaciló en reconocer á Napoleon, obstinándose en una neutralidad ya imposible y violada por éste, el cual le ofrecia el Hannover, la Pomerania sueca y las ciudades Anseáticas si queria declararse en su favor, mientras que Alejandro de Rusia pretendia atraerlo con amenazas al partido contrario. El rey de Prusia se armó, pero se obstinó en una inaccion que hizo imposible todo esfuerzo eficaz contra la Francia.

Con este aparato se puso en movimiento otra vez la Europa contra Napoleon, teniendo por tesorera á Inglaterra, por retaguardia á Rusia, y no ya para estinguir la libertad en un país que la habia conquistado, sino para restituir á otros la independencia hallada por un déspota; no guerreando por capricho ó por ambiciones particulares sino con la paz en la mano, pero clamando la independencia de los pueblos, y demostrando la necesidad de sofocar una ambicion que la conculcaba. Era pues, aquella la revolucion que proclamaba sus propios triunfos por boca del ejército armado contra ella.

Los corsarios franceses hicieron á los ingleses ricas presas, y por un instante Napoleon acarició el pensamiento de enviar á la India treinta y seis mil hombres, que protegiendo á los descontentos marahtas, arrebasen aquel imperio de manos de su enemiga. Pero Nelson y Sidney Smith, recibieron orden de echar á pique todo barco que capturasen de mas de cien toneladas de porte, enviar los otros á Malta é incendiar los puertos y radas de España mientras las tropas ocupaban á Surinam, colonia holandesa, y á Gorea en Africa, no respetando ni bandera ni territorio neutral: violacion que parecia justificada por la de Bonaparte. Nuevos proyectos promovieron el incendio de las poblaciones del litoral. Quedaba aun á Napoleon aquella multitud de buques reunidos en Boulogne; y si bien se frustraron los proyectos de volcanes submarinos inventados para incendiarlos, la superioridad británica burló todas las tentativas de desembarco en su isla, dispersando los setenta buques dispuestos para proteger la escuadrilla de desem-